

Temperantia est anime affectio, coercens et cohibens appetitum ab iis que turpiter appetuntur. S. August. lib. 4 de liber Arbitr.

Nihil est gula perniciosius, nihil ignominiosius: hæc obtusum et crassum ingenium, hæc carnalem animum reddit, hæc cæcat intellectum, nec sinit ut quicquam perspiciat. Idem, Hom. 44 in Joann.

Ebriosus confundit naturam, amittit gratiam, perdit gloriam, invenit damnationem æternam. Idem, ad Sacras Virgin.

Fieri potest, ut sapiens pretiosissimo utatur cibo sine vitio voluptatis, insipiens autem fedissima gulæ flamma in vilissimum exardescat. Idem, lib. 3 de Doctr. Christ.

Véase: **TEMPLANZA**;—**EMBRIAGUEZ**.

La templanza es un sentimiento del alma, que sujeta y refrena los apetitos ilícitos.

No hay cosa más perniciosa ni ignominiosa que el vicio de la gula: porque entorpece el ingenio y vuelve al alma carnal, ciega el entendimiento, sin permitirle ver los objetos con claridad.

El ébrio degrada su naturaleza, se priva de la gracia, pierde la gloria y encuentra la condenacion eterna.

Es muy posible, que el hombre prudente tome un manjar muy delicado sin pecar de góloso, y que un nécio se entregue á un exceso de gula con manjares groseros.

HÁBITO MALO.

I.

Miserere mei, Domine, fili David: filia mea malè á dæmonio vexatur.

Señor, hijo de David, ten lástima de mí: mi hija es cruelmente atormentada del demonio.

(MATT. XV, 22.)

En estos términos, hermanos míos, una mujer Cananea pedía á Jesucristo la curacion de su hija, poseida del demonio; siendo tan viva la fé y tan constante la confianza de que acompañaba su súplica, que obtuvo lo que deseaba; y su hija, libre del demonio obsesor, fué devuelta á su cariño. Deplorable era sin duda aquel estado; pero más lo es todavía el de aquel hombre, en quien el demonio tomó asiento por la culpa, y más aún, cuando reina en él despóticamente por un pecado habitual. Cuando se empieza á delinquir, el demonio hace su entrada en el alma y es fácil desalojarle; pero cuando se tiene la habitud del mal, y el vicio está arraigado por efecto de la reiteracion del pecado, el demonio permanece en esa alma con tal insistencia, y la sujeta con tan fuertes vínculos, que es muy difícil sacudir su yugo, y es casi necesario un milagro de la gracia, para librar al infeliz de la vil servidumbre en que yace. ¡Ah! entónces es cuando el pecador debe recurrir á Jesucristo, y pedirle con ahinco que le liberte: Señor, diga, elevando la voz como la Cananea del Evangelio, esta alma, hija vuestra, que habeis criado á vuestra imágen y semejanza, á la que disteis nueva vida, muriendo por ella en la cruz, se ha hecho mansion del demonio, esclava de una mala costumbre, que le causa heridas mortales: *malè a dæmonio vexatur*; compadeceos pues de su miseria; romped sus ataduras, y lanzad al demonio, que se ha enseñoreado de ella. Hé ahí, pecadores, lo que debeis hacer para dejar vuestras malas costumbres; y los que todavía no las hubiereis contraído, temed sus funestos resultados; y unos y otros aprended hoy, la conducta, que os cumple observar, ya para corregiros, ya para preservaros.

Si deseais no contraer nunca malas costumbres, conoced sus efectos perniciosos: punto primero.

Si deseais sinceramente corregiros de todo vicioso hábito, aplicaos á conocer los medios á ello más conducentes: punto segundo. A. M.

1. La costumbre del pecado es una facilidad que se tiene en cometerlo, y que se contrae con la reiteracion de él. Puede tambien contraerse por un solo pecado nacido de una pasion vehemente, que deje en el espíritu fuertes impresiones del mal. No es, pues, siempre necesario, para juzgar si está formada la costumbre, que medie la reiteracion de actos, y es más fácil conocerla por la aficion que se tiene á ciertos pecados, cuando hay ocasion de cometerlos. Así diremos, que un impúdico, un incontinente, que se abandona á su apetito en ocasiones las ménos adecuadas, son pecadores de costumbre, porque, no es por falta de inclinacion, sino de oportunidad, que no pecan con más frecuencia. Sea, empero, cual fuere la costumbre, sea cual fuere la manera de contraerla, siempre es perniciosísima en sus efectos, pues hace al pecador más criminal, su conversion más difícil, y más segura su muerte en el pecado.

Cuanto más determinada es la voluntad hácia el mal, y más repetidas sus faltas, más criminosa es á los ojos de Dios. Siendo, pues, la costumbre, el efecto de una voluntad tenazmente adherida al mal, y un gérmen fecundo de pecados, preciso es convenir, que ella hace más crimoso al pecador. La ignorancia, la fragilidad, la sorpresa, una tentacion violenta, una ocasion imprevista, todo eso, atenúa la enormidad del pecado, porque supone ménos deliberacion en el pecador; pero nada puede excusar al que peca por hábito, pues lo hace con conocimiento de causa; y léjos de resistir á la tentacion, se entrega de buen grado á su enemigo; léjos de evitar las ocasiones, las busca de intento, se gloria y honra con ello, y peca con desprecio de la ley de Dios, lo que es el colmo de la malicia. Llega á delinquir, sin apenas resistirlo; porque la costumbre, una vez formada, viene á ser causa de infinitos pecados, ya de una misma especie, ya de especies diferentes; y ¿cuál es el que no comete un consuetudinario? El hábito es un fallo venenoso, de donde brotan mil funestas ramas: un pecado atrae á otro: hacinanse, acumúlanse pecados sobre pecados, deseos sobre deseos, acciones sobre acciones; de este modo la pasion se fortifica, y la pasion fortificada, domina á la razon y la conduce á donde quiere; trágase la iniquidad como un sorbo de agua, sin casi pararse en ello, de suerte, que el pecador, viene á quedar atado y como envuelto en las cadenas del pecado, para dar tantas caidas

como pasos. ¡Oh! ¡quién es capaz de considerar los excesos á que una mala costumbre conduce al pecador!

La costumbre es tambien causa de muchos pecados de diferentes especies. El hombre, dominado por una pasion, pone en juego todas las demás para satisfacer aquélla; así, por ejemplo, un rencoroso se vale de la maledicencia, de la calumnia, de la tropelia y del atentado, para llenar sus perversas miras. ¿Cuántos desórdenes no engendran la impureza y la intemperancia, y cuántas otras pasiones no excitan para llegar al logro de su objeto? ¿No es tambien la costumbre causa de los sacrilegios, de que se hacen reos muchos pecadores? sino, ¿cómo es, que á pesar de repetidas confesiones y comuniones, es tan poco el cambio que se observa entre gran parte de los que se llegan á recibir los sacramentos? ¿No es prueba de que van sin las necesarias disposiciones, recibiendo aquéllos sin dolor de lo pasado, y sin buenos propósitos para lo venidero, por manera, que el uso de las cosas santas, en vez de santificarles, los hace más reos? Hé ahí, hermanos míos, cual es el desórden y el resultado de la costumbre; hé ahí de donde procede, que la vida de gran número de pecadores sea un puro tejido de sacrilegios; y hé ahí, tal vez, el triste estado de los que me escuchan. No conviene forjaros ilusiones: si quereis recibir dignamente los sacramentos, es preciso que renunciéis del todo á vuestras malas costumbres, de otra suerte los profanareis, y lo que deberia conducir á santificaros, conducirá solo á condenaros más. Ea, abrid los ojos, y remediad tan grave daño, mediante una buena confesion que enmiende todo lo pasado, y que os libre para siempre del peso de vuestras malas costumbres; y esto debeis hacerlo con tanta mayor razon, cuanto, si tardais más, más difícil será corregiros.

No os daré otra prueba, hermanos míos, que el testimonio de un pecador consuetudinario, para haceros ver todo lo difícil de su conversion: él mismo se lamenta cada dia de tamaña dificultad: bien quisiera, dice el blasfemo, corregirme de esos juramentos, que ofenden á Dios y escandalizan á mi prójimo; pero, no puedo remediarlo: bien quisiera, exclama el impúdico, romper esas relaciones criminales, que me ligan á otra persona; pero, la pasion se ha enseñoreado tanto de mí, que no acierto á abandonarla. No nos extrañe esta dificultad, carísimos oyentes: la costumbre del pecado es como todas las otras; la costumbre viene á ser una segunda naturaleza, y lo que se hace por hábito, se hace con gusto y por una especie de necesidad.

¡Oh hermanos míos! si tan árduo es vencer las malas inclinaciones de la naturaleza, cuando no hay formada costumbre, dificultad

que han sentido hasta los grandes santos; ¿qué será, cuando el hábito reuna sus esfuerzos á los de la naturaleza, y se acostumbre hacer lo que se deseaba por inclinacion? Hé aquí por qué son tan pocos los pecadores que se convierten: ensayad despertarles de su letargo, haciendo retumbar el trueno sobre su cabeza, anunciándoles el terror de los juicios de Dios; se aturdirán bajo tales amenazas; cual otro Jonás, quedarán sumidos en profundo sueño, en medio de la tempestad que zumba; y si se conmueven, será solo por un momento, semejantes, en decir de S. Agustin, á un hombre que despierta y vuelve luego á entregarse al sueño. No ménos inútilmente procuraréis atraérosles con el halago de las recompensas que el Señor promete á la virtud, porque son insensibles á toda promesa. Si les exhortais á frecuentar los sacramentos, huirán de ellos; y caso que se acerquen á las fuentes de gracia, sus malas disposiciones atajarán todo el efecto de las mismas. No apeleis á amonestaciones, á reflexiones de personas amigas, que les afeen sus desórdenes y traten de cogerles por la honrilla; nada querrán oír, su pasion sobrepujará á todo, porque su costumbre es como un torrente, que arrebatara cuanto se le opone.

Hé aquí lo que Jesucristo nos quiso representar en la resurreccion de Lázaro: cuatro dias hacia, estaba sepultado, ligado de piés y manos, cubierto por una gran losa, que cerraba el sepulcro, y su cuerpo empezaba á corromperse, despidiendo una hediondez insoponible. Tal es el estado del pecador de costumbre: hállase muerto y enterrado en el sepulcro del pecado, unido á mil objetos con vínculos criminales, abrumado bajo el peso de sus ruines inclinaciones: tiene ojos y no ve, pierde de vista á Dios, la salvacion y la eternidad; tiene orejas y no oye; tiene gusto solo para lo que le place, mas no para lo que le puede trocar: en vano llamará á la puerta de su corazon, para excitarle y atraérsele una gracia poderosa; el peso de su costumbre le detiene é impide elevarse á Dios. Verdaderamente, para salir de tan afflictivo estado, se necesita un milagro tan grande, como el que Jesucristo hizo para resucitar á Lázaro. Nuestro buen Salvador, que con una sola palabra habia vuelto la vida á muchos muertos, podia hacer lo mismo con éste; pero aquí emplea más rodeos; túbase, se conmueve, llora y dá una gran voz. ¿Para qué esto? para enseñarnos cuán difícil es, sacar del sepulcro del pecado á un delincuente habitual, cuyas disposiciones para volver á la vida son quizá peores que las de Lázaro. Este no opuso resistencia al llamamiento de Jesucristo, y empezó por salir del sepulcro; pero el pecador, de quien hablo, y que debe hacer esfuerzos para resucitar, en su misma resistencia opone obstáculo á su resurreccion, haciéndose,

no solo indigno de un milagro de la gracia, sino, hasta de las gracias comunes que el Señor concede á los hombres, y su estado viene á conducirlo á las puertas de la muerte eterna.

Hé ahí, oh pecadores, el tercero y el más triste efecto de vuestra costumbre: ella hace más segura vuestra muerte en el pecado; y lo hace por dos razones, de que deseo os penetreis bien, porque han de ejercer en vosotros una impresion saludable. 1.^a La costumbre viciosa os expone á que la muerte sobrevenga en estado de culpa. 2.^a Aunque no sobrevenga la muerte y tengais tiempo de reconciliaros, no os convertiréis y morireis en vuestro pecado. Casos vemos de muertes subitáneas, ya causadas por un accidente fortuito, ya por una enfermedad oculta, que no puede remediarse; pero la muerte, aunque subitánea, no siempre es imprevista: un hombre puede morir repentinamente, hallándose en aquel feliz estado de gracia, que habrá procurado conservar, despues de recobrarlo por medio de la penitencia; y en este caso, la muerte, aunque repentina, no es imprevista. Así, el que peca pocas veces y se enmienda prontamente, perseverando en la gracia, no ha de temer tanto que le sorprenda la muerte en estado de culpa, como el pecador habitual, que casi nunca se halla en gracia de Dios. Tal es, en efecto, oh pecadores, la triste situacion á que vuestra costumbre os reduce, que no acertais á hallar en la vida un solo dia libre de pecado; y si por un llamamiento prodigioso de la gracia, ó por algun extraordinario esfuerzo vuestro, alcanzais á levantaros, ¿cuánto tiempo tardais en recaer? ¡Ah! tal vez el dia de vuestra enmienda lo es de nueva reincidencia! vuestros dias, pues, son una série de crímenes, sin que aparezca casi interrupcion: ahora bien; supuesto que debais morir de muerte repentina, ¿no es verosímil que os sorprenda en pecado, ya que la costumbre os tiene siempre sumidos en él?

Pero demos que no os sorprenda la muerte, y que tengais el tiempo que os parece necesario para convertirlos; yo repito, que no os convertiréis, ni en edad avanzada, ni en la hora de la muerte. Fácil es de penetrar el motivo, y vosotros mismos os convencereis de ello. Ahora, segun decís, no podeis vencer la mala costumbre, á causa del imperio que ha tomado sobre vosotros; pero ¿romperéis vuestras ataduras cuando se habrán estrechado más? Actualmente no podeis lanzaros de encima el peso que os abruma; y ¿podreis lanzarlo cuando se hubiere hecho más pesado? No creais que la edad proveya ó la caducidad del temperamento enerven la fuerza de la mala costumbre, porque, cuando viejos, sereis los mismos que cuando jóvenes; y en un cuerpo caduco y moribundo sentireis toda la vehemencia de

vuestras pasiones; á la hora de la muerte tendreis las mismas inclinaciones que durante la vida. Tales son, hermanos míos, las funestas consecuencias del hábito vicioso. ¿Quién no ha de temerlas? Si, por fortuna, estais libres de pecado habitual, temed caer en él, y este temor os haga más vigilantes; pero si sois víctimas del mismo, temed no os coja la muerte, y este miedo os induzca á corregiros; mas no permita Dios, que desesperemos de la salvacion de tales pecadores: aunque su conversion es difícil, no es imposible; sin embargo, para lograrlo, es preciso que empleen los medios que voy á señalar.

2. El primer requisito para corregirse de la mala costumbre, es tener una buena voluntad: no hay cosa que no se logre, cuando de veras se quiere, y cuando el éxito depende de nosotros. Dios, cuya misericordia es inagotable, invita á que vuelvan á él, lo mismo á unos pecadores, que á otros: á todos ofrece sus auxilios, no queriendo que sigan esclavizados; por consiguiente, en mano de ellos está eximirse. ¿No se vió, y no se vé todavía, á personas esclavas de las pasiones más violentas, y sujetas á los hábitos más inveterados, sacudir de sí tan ominoso yugo, y trocarse en modelos de conversion para los grandes pecadores? Ningun ejemplo mejor que S. Agustín, verdadero modelo de penitencia; ¿quién más que él, ántes de su conversion, estuvo sujeto al imperio de la costumbre? pero por récias que fuesen sus cadenas, él consiguió romperlas; y por inflexible que fuese la inclinacion que le dominaba, logró triunfar de ella. ¿Por qué, pues, vosotros, pecadores, no triunfareis, como este gran santo, de vuestras malas usanzas? ¿por qué no podreis, como él, romper las cadenas que os tienen aprisionados? Queredlo con la misma eficacia, y, en breve tiempo, lo vereis conseguido. Conviene, empero, atacar el mal en su raiz; y la raiz de la mala costumbre es, ó la ocasion, ó el resultado de perversas inclinaciones. Si es la ocasion, se ha de apartar, de otro modo ella mantendría la costumbre; y si son las perversas inclinaciones, se han de escogitar remedios de eficaz curacion, como la penitencia, la oracion, los sacramentos, y combatir semejantes inclinaciones con la práctica de las virtudes contrarias.

Siempre que para vencer una mala costumbre, se requieran gracias poderosas y vehementes, la oracion os las hará conseguir: Dios no las debe, de consiguiente, es preciso merecerlas, pidiéndolas. La Cananea de nuestro Evangelio nos ofrece una prueba de la virtud de este medio: dirigese á Jesucristo, implorando la curacion de su hija; y aunque desatendida al principio, no cesa de rogar: clama siempre, y su perseverancia le granjea, al cabo, la merced que apetecete. Rogando, es como las hermanas de Lázaro alcanzaron la resur-

reccion de éste. Dirigios, pues, al Señor con fervidez y confianza, porque solo él os puede curar y resucitar; y él nunca desoye la oracion nacida de un espíritu humillado.

Sin embargo, la oracion, por sí sola, no os curará, ni sacará de los lazos de la muerte, si no añadís otro medio, que es la penitencia. Entre la resurreccion de los muertos y la del pecador, hay una diferencia, y es, que la primera se verifica sin cooperacion; al paso que, en la segunda, Dios exige la cooperacion del pecador. Tambien en las circunstancias de la resurreccion de Lázaro nos lo dá así á comprender Jesucristo: ¿por qué, pensais, que nuestro divino Salvador vertió lágrimas, y se estremeció ántes de obrar el milagro, sino para enseñar al pecador, que ha de llorar y gemir, quebrantando su corazon de dolor por sus pecados? ¿Por qué mandó se quitasen al resucitado las vendas que le envolvian, sino para enseñar al pecador, que ha de romper los vínculos que le enlazan á las criaturas? Observemos, además, que Jesucristo quiso, que los apóstoles quitasen las ataduras de Lázaro, para enseñar á los pecadores á dirigirse á los ministros de la penitencia, que recibieron el poder de desatar en el sacramento á este objeto instituido: *Solvite eum.*

El frecuentar, pues, el sacramento de la penitencia, es un medio excelente para curar la mala costumbre, ya en virtud de las gracias que comunica; ya en virtud de las saludables amonestaciones que un sábio director profiere. Ea, enfermos, venid á bañaros en esta piscina saludable que os hará recobrar la salud. Hé ahí el primer paso que debeis dar hácia Dios.

El medio eficaz para destruir los hábitos viciosos es la práctica de las virtudes contrarias. Considerad, por lo tanto, cuales son las plagas de vuestra alma, cuales vuestras malas inclinaciones, y oponedles, en seguida, las virtudes que las combaten; al orgullo, que os eleva, oponed la humildad, que os abate; á la avaricia, que os hace egoistas, la liberalidad, que se derrama y comunica; á la envidia, que os entristece por el bien del prójimo, la caridad, que os alegra por el mismo; á la ira, que os arrebatá, la paciencia, que os contiene; á la destemplanza, que os descómponé y embrutece, la sobriedad, el ayuno y la abstinencia, que os mortifican; á la pereza, que os enerva, el fervor, que os anima á llenar todos vuestros deberes de cristiano; pues, si hay hábitos que conducen al mal, hay otros que desvian del bien, naciendo de los primeros los pecados de comision, y de los segundos los de omision. Combátense aquéllos, reprimiéndolos, quitándoles todo incentivo; y éstos, violentándose para obrar y practicar el bien, que Dios exige de nosotros. Si sois negligentes en la oracion, en frecuen-

tar los sacramentos, en asistir á los divinos oficios, y en cumplir las obligaciones de vuestro estado; para vencer esta negligencia, debereis emplear la mayor actividad y puntualidad en cumplir lo que tenéis obligación. Respecto á ciertos hábitos muy difíciles de vencer, como son imprecaciones, iras, y violencias, deberán hacerse grandes esfuerzos; mas todo se logra, cuando hay buena voluntad y deseo de la salvacion.

¿Quereis corregiros de toda mala costumbre, cualquiera que ella sea? Imponeos alguna penitencia cada vez que cayereis en pecado, como dar una limosna á los pobres, practicar algunas mortificaciones, etc., y al conocer que delinguisteis, doleos ante Dios y haced un acto de contricion, emanado de un corazon sinceramente deseoso de convertirse: por la mañana, retractaos de vuestra costumbre, y formad el propósito de pasar el dia sin pecar; el dia siguiente, haced lo mismo, y vendreis á corregiros del todo; por la noche, examinad vuestra conciencia, y si os reconocéis reos de alguna fragilidad, castigaos severamente por las menores faltas. ¿Quisierais, por ventura, en la hora de la muerte, ir cargados con la mala costumbre, que os arrastraria á un abismo, llevándola al juicio de Dios? No esperéis la muerte para enmendaros; procurad que medie un intervalo entre vuestro desarreglo y la hora postrera, á fin de poder decir: desde tal tiempo, desde hace tantos años, me corregí, y empecé á vivir mejor: este será para vosotros un gran consuelo.

Sin embargo, el medio más seguro para evitar las resultas de una mala costumbre, es no contraerla, ahogándola en su gérmen, y reprimiendo sus primeros impulsos. No deis acceso en vuestro corazon al pecado; por el contrario, franqueadlo á la virtud; acostumbraos, desde jóvenes, á la práctica del bien; ejerced con ahinco las virtudes cristianas, y formaos en ellas un santo hábito, lo que lograreis fácilmente con el auxilio de la gracia. A veces, una buena costumbre estriba en un acto heróico que, en determinadas circunstancias, se hace, venciendo una vehemente tentacion. Así, siendo fieles en las cosas pequeñas, se logra llevar á cabo grandes virtudes. Toda la dificultad está en violentarse un tanto, y el reino de los cielos, segun dice Jesucristo, no se gana sino con la violencia. Esa gracia es la que os deseo. Amen.

HÁBITO MALO.

II.

Simile factum est regnum cælorum homini, qui seminavit bonum semen in agro suo.

El reino de los cielos es semejante á un hombre, que sembró buena simiente en su campo.

(MATT. XIII, 24.)

El reino de los cielos, ó la Iglesia, es semejante á un hombre que ha sembrado buena simiente en sus campos, pero mientras dormían los criados, vino cierto enemigo suyo, sembró zizaña en medio del trigo, y marchó. Creció el trigo hasta apuntar la espiga, y entonces comenzó á descubrirse la zizaña. Los criados, que lo advierten, acuden al padre de familias; y le dicen: señor, habiendo sembrado buena simiente en tus tierras ¿cómo es que tienen zizaña? Algun enemigo mio la habrá sembrado, respondió el padre de familias. Replicaron los criados: ¿quieres que váyamos á cogerla? No, les respondió, no suceda que, arrancando la zizaña, arranqueis juntamente con ella el trigo. Dejad crecer uno y otro hasta el tiempo de la siega, que, entonces, yo diré á los segadores: coged primero la zizaña, y haced gavillas de ella para el fuego, y despues meted el trigo en mi granero.

Habiéndose dignado Jesucristo interpretar esta parábola del Evangelio, no necesitamos buscar otra explicacion que la que él mismo nos ha dado. El que sembró la buena semilla es el hijo del hombre, es decir, el mismo Jesucristo, que esparció la doctrina de salud por el mundo, como en un campo que le pertenecía por todo derecho. Por el buen grano se entienden los hijos del reino de Dios; y por la zizaña, los malos y los hijos de iniquidad. El enemigo, que sembró esta zizaña, es el diablo, quien hizo este daño mientras los criados dormían; como si dijera, mientras los pastores faltaban á la vigilancia pastoral, y los particulares se descuidaban en el negocio de su salvacion. La paciencia del padre de familias, que espera al tiempo de la siega para arrancar la zizaña, nos representa la misericordia de Dios, que espera al pecador á penitencia. Pero, guárdese el pecador de abusar del tiempo que Dios le dá para que se convierta, porque al

fin del mundo tendrá igual suerte que la zizaña cogida al tiempo de la cosecha para ser arrojada al fuego. El Hijo de Dios enviará sus ángeles, que separarán los buenos de los malos. Los buenos entrarán en el reino de su Padre, y los malos serán precipitados en el horno del fuego. ¡Oh, cuán terrible será esta separacion! ¿Qué será entónces de nosotros si no hubiéremos sido otra cosa que zizaña? Pensemos seriamente en llegar á ser buen grano. Pecadores, vosotros los que, hasta el presente, habeis sido zizaña, ya es tiempo que trateis de convertirnos en buen grano por la mudanza de vida. Es verdad, yo lo confieso, esta mudanza es difícil, porque una voluntad acostumbrada al mal, con dificultad se inclina al bien, y se deja difícilmente un hábito que ha llegado á dominar por mucho tiempo; no obstante, con el auxilio de la gracia, podeis lograrlo, y á esto es á lo que os exhorto; para esto os haré conocer la fuerza de la mala costumbre, y despues os propondré los remedios para vencerla. Primero, *qué cosa sea la mala costumbre*. Segundo, *qué se debe hacer para corregirla*. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La mala costumbre es una cualidad que se muda difícilmente y que se ha adquirido por actos repetidos con alguna frecuencia. El justo se acostumbra á obrar bien, y corre con esfuerzo y alegría el camino de la virtud; el pecador se acostumbra al mal, y con dificultad lo dejará. Os habeis acostumbrado á jurar, á mentir, etc.: pues ved ahí, como habeis contraído una cualidad viciosa de que con dificultad os corregireis.

Tres perniciosos efectos causa la mala costumbre. Primero: ella resiste á todo buen movimiento de conversion. Segundo: ella nos cautiva bajo la ley del pecado. Tercera: ella nos hace gemir bajo el peso de nuestras pasiones, de modo, que casi no podemos hacerlas oposicion. Digo, primero: que la mala costumbre se opone á todo pensamiento de conversion. No hay persona alguna, por desarreglada que sea, que no conserve alguna reliquia de buenos sentimientos, que se le ocurren de cuando en cuando; no hay pecador alguno, por más apego que tenga á sus desórdenes, que, en medio de ellos, no levante de tiempo en tiempo los ojos al cielo, y parezca, alguna que otra vez, que quiere romper sus lazos. Estos sentimientos son buenos y producirían algun fruto, si ese pecador no tuviera dentro de sí mismo la mala costumbre, que disputa con su espíritu, y que se opone al bien que piensa hacer; más ¡ay! esta costumbre resiste siempre, siempre se opone, y hace se desee lo que convendría evitar ó desechar.

El que ha llegado á este estado, ¿cómo hará aquellas serias refle-

xiones sobre sí mismo, que son, no obstante, tan necesarias á la conversion? Cuando quiera acercarse á Dios, entónces mismo hará la mala costumbre para apartarle. ¿Qué combates no hay que sufrir en esta contrariedad de movimientos? La gracia insta á que se libre del pecado; la costumbre detiene en él: la gracia esfuerza; la costumbre le hace desmayar: la gracia excita y anima; la costumbre retrae y debilita. ¡Oh, y qué estado tan lastimoso! quien se halla en él se mueve mucho y nada adelanta: dá mil vueltas para salir, y siempre se halla enredado. Repréndese á sí mismo sus extravíos: vé buenos ejemplos: oye sermones que le condenan, y llega, tal vez, á formar la resolucion de convertirse; pero viene la costumbre y trastorna todos estos buenos deseos. No solamente nos detiene, sino tambien nos endurece en el mal, nos cautiva, nos sujeta con cadenas al pecado. Y este es su segundo efecto.

Oid como prosigue. Yo estaba sujetado, dice San Agustín, no con hierro extraño, sí con mi voluntad dura é inflexible como el propio hierro. Mi enemigo la tenia en esclavitud, y habia hecho una como cadena para sujetarme á su dominacion tiránica. En la hora en que mi voluntad empezó á corromperse, el falso atractivo de los placeres la dejó encantada; encantada, los amaba con exceso; amándolos, llegó á hacer mala costumbre; y ésta me impuso una especie de necesidad, que no me permitia salir de este estado. Pecadores, que me escuchais, yo me remito á vuestra propia experiencia: ¿me negareis, que no hay cosa que debilite tanto la voluntad, que la cautive tanto y la ligue al mal con tantos lazos, como una costumbre inveterada? Sí; el impío, dice el Sábio, se hace de sus pecados una cadena con que él mismo se sujeta, para quitarse enteramente la libertad de dejarlos: *Funibus peccatorum suorum constringitur* (Prov. v. 22). Consultaos á vosotros mismos, y mirad, qué mudanza ha causado en vosotros la costumbre. Al principio, solo se trataba de hacerlos consentir en este latrocinio, en la otra impureza, etc.; entónces un sermón, un buen ejemplo, el temor de los juicios de Dios y de las penas eternas os contenia; pero despues que habeis consentido varias veces, os acostumbrasteis á ello; dejasteis se envejeciese el mal, y ya estais muy de otro modo que ántes. ¡Ay pobres de vosotros, adonde habeis venido á parar y caer tan peligrosamente, que casi no podeis levantaros! Habeis formado un cúmulo de vicios, que se sostienen y fortifican los unos á los otros: un cuerpo de pecados, que os ponen en aquella necesidad casi insuperable de obrar mal, que os conducen frecuentemente á la desesperacion é impenitencia, último grado de una mala costumbre.